



LA FESTA DEL CORPUS

La festa del Corpus és una de les més belles de l'any i la més popular d'entre totes les establertes per la Església Catòlica. Tots els poetes l'han cantada i seguiran cantant-la, mentre Corpus vulgui dir llum de maig o juny, i olor de roses i ginesta.

La festa del Corpus o del Santíssim Sacrament, va ésser instituïda pel Papa Urbà IV l'any 1264 i va ésser tan ben rebuda per tot el món catòlic que'ls monarques d'Aragó, Anglaterra i França varen concorre al concili de Viena l'any 1311 en el que dictàren regles per a millor solemnitzar la festa establerta.

Una de les primeres ciutats que va singularitzar-se en la celebració de la festa del Corpus, fou Barcelona, i entenent que pot ésser interessant per als nostres llegidors el conèixer lo que era la festa del Corpus a Catalunya a començaments del segle XIV i'ls diferents aspectes que va oferir en el transcurs dels anys, ens és plaent de reproduir els següents fragments d'un notabilíssim article que l'historiador Josep Puiggarí va publicar l'any 1857 a la revista *El Museo Universal*:

«En la impossibilitat de hablar de todas las variedades de la fiesta en diversas localidades, nos limitaremos a referir la de Barcelona, ya que tenemos sobre ella datos precisos y exactos en tres períodos principales, a saber: en su origen, en su medio, y en la actualidad. La antigua capital del Principado, notable durante los siglos medios, residencia de sus reyes, emporio de la industria y del comercio, orgullo de los

naturales, envidia de los extranjeros, conociendo su valía y zelosa de su buen nombre, aprovechaba todas las ocasiones de divertirse y lucir patentizando al mundo el alto civismo y religiosidad de sus hijos, y el crecido punto de ilustración que alcanzaban. Aquellos pundonorosos concellers que constituían su patriciado, dignos patriarcas de las libertades catalanas, los cuales, para defender sus timbres no vacilaban en arrostrar el enojo de los mismos reyes, y habérselas con personajes los más encoquetados, también en esta ocasión daban el tono a la solemnidad del día, con la arrogancia y autoridad propias de ciudadanos de tal entereza. Las varas del páblio que cobijaba al Sacramento, nadie podía llevarlas sino ellos, o las personas reales, y los representantes de otras potencias hallados en la ciudad, mensajeros o embajadores, siendo tal su rigorismo en este particular, que habiendo el virrey en 13 de junio de 1555, a falta de uno de los concellers designado al prior de Cataluña para que le reemplazara, protestaron diciendo «que los eclesiásticos no tenían lugar al páblio», y como enojado aquel diese las varas a simples caballeros, retiráronse resentidos asaz hasta que la reina gobernadora les escribió dándoles satisfacción de semejante agravio. En el año 1389, no quisieron admitir en la procesión a la cofradía del rey, por el hecho *muy perjudicial*, de pretender sus dos mayores llevar en los cirios el escudo de las armas reales. También en 1365, parece suspendieron el concurrir por di-

senciones con el gobernador, sobre si este debía tener simple *almohadilla* en su asiento, o *almohada* como ellos tenían, y al año siguiente, habiendo determinado asistir *no obstante la prohibición*, estuvieron con el gobernador, sin que se hablase de la almohadilla.

Guárdase en el archivo municipal una colección de curiosas memorias, bajo el título de *Ceremonial de cosas antiguas y memorables*, en cuyo principio hay escrita la procesión de *Córpore Christi*, tal cual se celebraba en el siglo XIV, antes del año 1380. Juntados los honorables concellers, el miércoles por la tarde, en el local de la Lonja, que estaba donde ahora la Diputación, en frente de la iglesia de San Jaime, «notablemente enramada de yerbas y flores, y reunidos con ellos muchos honrados ciudadanos, mercaderes, los cónsules de la mar, etc. etc., prévia invitación a los embajadores o enviados que se hallaran en la ciudad, dirigíanse en buen orden hácia la catedral precedidos de juglares, para asistir al oficio de vísperas. A la mañana siguiente, vueltos a reunir y con igual ceremonia, iban otra vez a la iglesia; y oído el sermón y la misa mayor, que se celebra con mucha solemnidad, sin más intermedio procedíase a hacer la procesión en la forma, manera y orden siguientes, cuyo arreglo corresponde a ciertos honorables canónigos y a los honrados obreros, y a cuatro ciudadanos elegidos al intento».

«Primeramente todas las trompas; la bandera de santa Eulalia; los gonfalones de la Seo, santa María del Mar, *madona* santa María del Pino, san Justo, san Pedro, san Miguel, san Jaime, san Cucufate y santa Ana; los blandones o ciriales de la Seo al lado derecho, y los de la ciudad, que son cuarenta, al lado izquierdo; de los estropeados y contrahechos, de los faquines, tallistas, panaderos, tahoneros, pescadores, tejedores de lino, cofradía de san Julián, curtidores, carpinteros y pellejeros; las cruces de las indicadas parroquias y las de la Merced, Cármen, agustinos, predicadores

(dominicos) y frailes menores (franciscanos); cierta parte del clero, esto es, cincuenta; los escolares y presbíteros de las iglesias parroquiales, con sobrepellices; los religiosos mercenarios de dos en dos, los carmelitas al lado derecho y los agustinos al izquierdo, los dominicos al lado derecho y los franciscano al izquierdo; y los canónigos con todo el clero de la Seo.—Aquí seguían las representaciones; 1.^a la creación del mundo y los doce ángeles cantando, Señor Dios verdadero; el Infierno con Lucifer encima, y cuatro diablos con él; el dragón de san Miguel; el mayoral o macero conductor de veinticuatro diablos que lidiaban a pié con los ángeles; san Miguel a la cabeza de los doce ángeles de espada para batallar con los doce diablos; Paraíso *con todo su arreo*; el ángel querubín de Adán, sólo; Adán y Eva; Caín y Abel; el Arca de Noé con su correspondiente aparato; Melchisedech y los Mancebos; Abraham e Isaac conduciendo el asno; las dos hijas de Lot; este y su mujer; Jacob y el ángel; David y el gigante; las doce tribus de Israel de dos en dos, doce ángeles cantando «victorioso».—Seguían las representaciones que estaban a cargo de la Seo: Moisés y Aaron, Ezequías y Jeremías, Elías y Eliseo, Ezequiel y Jonás, Abacuc y Zacarías, Daniel e Isaías; san Juan Bautista sólo; los jueces de la santa Susana; Susana acompañada del ángel y de Daniel; Judith y su criada; san Rafael y Tobías; la anunciación de la Virgen María y los ángeles cantando, «oh Dios Magnífico», o bien «oh María»; el entremés de Belén o sea la Natividad de Jesucristo; los tres reyes de Oriente cabalgando uno tras otro; seis judíos vestidos de capas y gramallas y cuatro judías, el entremés de los Inocentes y Raquel puesta encima; los hombres de armas; el rey Herodes y dos doctores; los alemanes; doce ángeles cantando, «loemos a la Hostia sagrada».—Venían luego las representaciones de santa Ana: san Joaquín y el pastor; santa Ana y santa Isabel; santa Elena en

compañía del emperador Constantino y sus doctores y caballeros; santa María Egipciaca y Zozimo con el León; santa Paula y santa Perpétua; san Telmo; santa Beatriz.—Venían en pos las representaciones a cargo de los PP. mercenarios, a saber: santa Ursula sola; las santas Tecla y Cándida, Catalina y Bárbara, Inés y Cecilia, Agueda y Lucía, Clara y Eufrosina, Apolonia y Quiteria, Margarita sola con su dragón, y varios ángeles tañendo; la Virgen con el niño y san José; el Resucitado solo, llevando la cruz; san Dimas y su ángel; Gestas y su diablo; Longino solo, con el cendal; José de Arimatea y Nicodemus; los doce ángeles con las llagas cantando; el monumento bien aderezado, y encima la Magdalena; san Antonio y san Onofre, san Pablo ermitaño y san Alejo.—Enseguida las representaciones propias de santa Eulalia del campo: san Francisco de Asis y san Nicolás; santo Domingo y santo Tomás de Aquino; san Bernardo y san Ibo; san Benito con el diablo; san Honorato y san Paciano; san Basilio y san Mauro; san Macario y el diablo; san Guillermo (*gem*) y su compañero con el asno; san Matías y Jesucristo en figura de pobre; el ángel de san Julián y la cierva (*ciervia*); san Julián y san Alzeas, san Gregorio y san Gerónimo; san Ambrosio y san Agustín; doce ángeles cantando «ay vos buena gente honradal».—Representaciones a cargo del mayordomo de santa María del Mar: santos Clemente y Dionisio, Lorenzo y Vicente, Blás y Pedro mártir, Esteban, Poncio y Baudilio, Severo y Fabián, Hipólito y Cucufate; Abdon y Senen, Cosme y Damián, Cristóbal y el niño Jesús acuestas; martirio de san Sebastián con los caballitos (*caballs cotoners*) y los turcos, el ave fénix sola; entremés de santa Eulalia comprendiendo las compañeras de la santa, los hombres de armas y comitiva de Daciano, y el tablado con santa Eulalia, el emperador y los doctores encima; san Jorge a caballo acompañado de la serpiente (*vibre*), la roca o castillo encerrando la doncella del santo, y el rey y la reina pa-

dres de dicha doncella, con su acompañamiento.—Venían después los que representaban los apóstoles: san Pedro y san Pablo, Andrés y Santiago el mayor, Felipe y Santiago menor, Maciano y Tomás, Bartolomé y el diablo, Bernabé, Simón y Tadeo; el águila sola, los ángeles tañedores de instrumentos, en seguida los cirios; aquellos que entonaban delante del sacramento; la custodia con el sagrado cuerpo de Jesús y los cuatro evangelistas en los ángulos; el señor obispo seguido de sus ministrantes; otros cirios blancos si los había, ángeles y diablos percuientes, dos hombres salvajes llevando una pértiga para contener a la gente, y todo el pueblo detrás.—Para que esta procesión siguiese un orden y una marcha regular, nombraba el consejo veinte y siete ciudadanos entre los vecinos de la carrera, los cuales estaban al objeto repartidos por varios puntos de ella, con unas varas en las manos. Elegíanse también, para que alumbraran a la custodia con los ciriales blancos, diez y seis o veinte sugetos notables colocados por riguroso orden de antigüedad y gerarquía, a quienes hácia 1454 sustituyeron veinticuatro presbíteros revestidos de sendas albas y dalmáticas, con barbas y cabelleras de cáñamo blanco, rizadas, y coronas en la cabeza, representando a aquellos ancianos que el Evangelista vió estar delante de la silla de Dios cantando: ¡santo, santo, santol

Por entonces, según parece, toda la fiesta del Corpus acababa con la procesión de la mañana; y a lo más había el Sacramento expuesto en cada parroquia durante los ocho días. Sólo en el año 1490 se encuentra a 23 de junio un acuerdo para que en adelante se verificase otra procesión el día de la octava; y en una nota de 10 junio de 1518 se dice que «por ser la octava del Corpus, se celebró la acostumbrada procesión en la parroquia de san Pedro asistiendo la reverenda abadesa y religiosas del monasterio». En el año 1542 trasladóse la general de la mañana a la tarde, con-

forme se practica aún ahora, dando con ello singular animación al resto del día.

Vengamos al año 1583 y en un curioso volumen de apuntes por Pedro Juan Gómez titulado *Llibre de algunes coses assenyalades*, que se conserva en el archivo de la Casa Consistorial, leemos al folio 588 y siguientes otro relato aún más detallado de la fiesta y procesión del Corpus, según en esta fecha se practicaba. Han desaparecido ya las *Representaciones* y entremeses, las candidas farsas de los dos siglos anteriores; pero en cambio se han aumentado la etiqueta y la verdadera importancia de estos religiosos actos. El concejo no se contenta con juntarse la víspera del Corpus, para ir a la catedral, sino que toda la semana se atarea para dar a la fiesta gran pompa y solemnidad: el lunes manda pregonarla con ceremonia por los ocho trompetas del ayuntamiento vestidos de damasco carmesí, y tres timbaleros negros, los cuales anuncian la carrera que seguirá la procesión, invitando a los vecinos a concurrir, y a colgar los frentes de sus casas. En la tarde del mismo día, la música de cuerda va a dar un concierto al escribano nacional del concejo, que tiene a su cargo la dirección de la procesión, y después de recibir en cambio una buena colación, pasa a tocar delante del consistorio, acompañada algunos años del águila que danza. El martes los síndicos y vergueros a nombre del concejo, invitan a los cónsules de la Lonja, a los prelados y demás notabilidades eclesiásticas, militares, y civiles, a que se reúnan en la tarde del miércoles en el pórtico de san Jaime (lo que se llamaba formar *prohomemia*); y efectivamente, al día siguiente a la una, ya están en la plaza los timbaleros y trompetas, sacabuches, y violines para recibir al concejo, a los prohombres y demás ilustre comitiva, que suele estar reunida a eso de las dos. Entonces salen de la Seo a tomar hora tres embajadas del ilustre cabildo, con intermedio de ocho minutos una de otra, compuestas del maestro de ceremonias y de un paborde

precedidos de varios monaguillos con sobrepellices, y acompañados del baile del cabildo que viste un ropón morado de camelote y sombrero de lo mismo, llevando una luenga vara en la mano. «Antes de partir, introdúcese el acompañamiento en la iglesia de san Jaime donde el conceller tercero, los obreros con tres o cuatro agregados y el escribano de la obra, apuntan a los presentes por orden de gerarquía en un libro llado de *Graduaciones*, y después, llamando por turno salen ordenadamente yendo delante los ministriles y tañedores. En la iglesia oyen reunidos en el presbiterio lo que falta de vísperas, porque regularmente hacen tarde, y acabado el rezo es práctica que el clero celebre una conmemoración delante de la capilla del Corpus, que está en los claustros. Regresando con la misma pompa a la iglesia de san Jaime, colócanse en los asientos de piedra que rodean el cementerio o plazoleta de la misma, y entretenidos con las danzas del águila aguardan la llegada de las *bandejas* de casa del obrero, en las cuales vienen ramilletes y banderillas de oropel para repartir a los convidados. Llevan dichas bandejas muchos domésticos acompañados de caballeros o ciudadanos que con unas varillas separan a la multitud, y sin embargo los últimos criados regularmente salen atropellados; y concurren para mayor diversión el dragón y diablillos, el gigante y la gigantea, y algunos años la Vibora (vibria) y los caballitos. Termina la función de este día con salir de la catedral a recorrer las calles de la procesión seguido de trompetas y timbaleros, el caballo de santa Eulalia, encubertado de terciopelo carmesí en cuyos remates hay bordados en oro unos escudos con la cruz de la santa, montando en él un heraldo o pregonero que viste ropón de damasco, listado de rojo y amarillo, colores de las armas reales.

El jueves, día de la festividad, ya desde las ocho de la mañana están en la plaza como en la tarde anterior, los ministriles, para guiar a la comitiva, que asiste también

al oficio solemne y sermón en la catedral. El cronista no dice si antes el concejo refresca, conforme hallamos lo hacia en el siglo XV, y con tal afición, que según nota de Bruniquer, prorrogada la procesion el día 12 de junio de 1463 por sobrevenir lluvia, aunque por la mañana habían bebido según costumbre, quisieron repetirlo el domingo inmediato, al cual se trasladó la ceremonia. A eso de las tres de la tarde asisten otra vez a vísperas y completas, e inmediatamente procediendo el capiscol y dos obreros de la ciudad a arreglar la procesion, organizase esta por el orden siguiente: el dragon, diablillos, gigantes y demás entremeses que hubiere; la música de la ciudad con sobrevestas y sombreros de raso carmesí; la bandera de santa Eulalia llevada por un sacerdote a caballo, el mismo que la tarde anterior hizo la ronda de la procesion revestido de amitos blancos, con una dalmática de terciopelo toda recamada de oro, y puesta en la cabeza una linda corona de plata sobre la cual descuellla la cruz de santa Eulalia y en medio de esta la del cabildo; los pendones o gonfalones de las parroquias; luminarias, blandones y banderas de los oficios, en pos de los blandones de la Seo que van a la derecha, y los de la ciudad a la izquierda, a saber; finados y contrahechos, pelaires, carpinteros, curtidores, jóvenes hortelanos, cofradía de Santiago de los negros, trágneros de mar, jóvenes albañiles, y canteros: faquines de ribera, dagueros, garbilladores, marineros, barqueros, pescadores, vidrieros y esparteros, corredores de reses, revendedores, sogueros, manteros y señaleros, cuberos de plancha doble y sencilla, colchoneros, mesoneros y taberneros, pajeros, hortelanos, cortantes, vayneros, espaderos y lanceros, tejedores de lana, birreteros, merceros, calceteros, algodoneros, zurradores, tejedores de lino, albañiles y canteros, tinajeros y escudilleros a un lado, olleros y ladrilleros a otro, cerrageros de la Puerta Nueva, panaderos y tahoneros, mancebos sastres, tapineros, cerrageros del

Regomir, zapateros, freneros y maestros sastres, las cruces de las parroquias de los conventos, los monaguillos y presbíteros parroquiales, de sobrepelliz; los frailes de santa Madrona, de la orden de la Soledad, de dos en dos, los capuchinos; los PP. de San Francisco de Paula; los trinitarios; los mercenarios, los carmelitas y agustinos emparejados; los dominicos y franciscanos tambien emparejados; las siete parroquias y el ilustre cabildo, vistiendo los canónigos capas de brocado, las veinte y cuatro hachas que la diputacion hace llevar por beneficiados de la Seo; los veinte y cuatro presbíteros que representan á los reyes de la Apocalipsis con los cirios y dalmáticas de la ciudad; los diez ángeles que tañen instrumentos de cuerda; el águila; los chantes cantando delante de la custodia; Nuestro Señor sacramentado; los doce presbíteros representantes de los doce apóstoles junto con Melchisedech que alumbran detrás de la custodia y finalmente todo el pueblo.

El jueves de la octava, se hace otra procesion que sale tambien de la catedral á las tres de la tarde, pero rodeando solo la iglesia por el exterior y por dentro; y es de advertir que el poco rato que permanece fuera, se cambia todo el paramento del altar mayor, colocándose en el diversas imágenes de plata, y alumbrándolo con inmensa luminaria, así como el resto de la iglesia, de suerte que toda ella parece ardersé; y al volver el sacramento es reservado por el obispo o por algun canónigo antiguo, concluyendo así las fiestas de Corpus y de la octava.

En la actualidad el Corpus en Barcelona presenta el mismo carácter; y si bien ha perdido algo del antiguo ceremonial, ha ganado en bullicio y animacion por celebrar todas las parroquias sucesivamente una procesion en determinados dias de la semana. Al aproximarse la ansiada fiesta todo bulle y se agita; las casas se ponen de verano; los aparejadores tenderos y sastres suelen estar de enhorabuena, bellas pro-

vincianas acuden de los pueblos para lucir su garbo en la capital; los niños preven días de asueto, los oficinistas medias vacaciones, los galanes paseos y saraos. Crúzase esquelas de pendonistas solicitando a amigos y no amigos, para que les favorezcan acompañándoles *con hacha*; y los templos se preparan para dar el mayor lucimiento a las funciones que van a celebrarse. También ahora en la tarde del miércoles salen de la casa consistorial los característicos gigantes, heraldos de la fiesta que retozones á pesar de su gran mole y afectada gravedad, al son de la gaita y tamboril arrastran en pos de sí las miradas de los vecinos asomados a los balcones y una falange de chiquillos que alborotan y vocean con gritería atronadora. El objeto de este paseo es saludar a las autoridades y trazar la *carrera de la procesion*, que es hoy la mismísima de trescientos años atrás.

Apenas luce el nuevo sol, todas las campanas de la Seo, echadas a vuelo, anuncian á los fieles la llegada de la solemnidad. Es imposible definir la grata emoción que aquellos tañidos pausados y festivos escitan en el oído que suele escucharlos de año en año; como si esas vibraciones del bronce sonoro, desprendidas desde las altas torres sobre la ciudad y sobre el espacio de dos leguas en contorno, fuesen otras tantas lenguas del cielo, que llaman a los creyentes á glorificar al Señor. Desde primera hora se barren y riegan las calles, recorridas por vendedores ambulantes que con alegres voces pregonan artículos de la estación: la fresera, su aromático fruto, el horchatero, su anís y bebidas frescas, la retamera, las doradas flores que se echan en la procesion, los ciegos sus coplas, los chiquillos sus abanicos de a dos y tres cuartos. Los vecinos salen endomingados, á compás de paseo, pintada en los rostros una expansión de alborozo insólito; mas adelante empiezan a asomar solícitos corredores de la diversion que otros disfrutaban, obreros de las parroquias retardados; dignos patricios de estirado corbatin, que se agregan a la co-

horte municipal; rancios veteranos con su espetera de condecoraciones; caballeros maestrantes, de punta en blanco; uniformes pulcros, nunca empañados por el humo de la pólvora, espadas vírgenes mas dignas de Minerva que de Marte. En pos acuden buenos ciudadanos, pavoneándose con su casacón hereditario, digno contraste de los pollos y pollas, hipérboles de la crinolina, que avanzando relamidamente bajo la presidencia de las respectivas parejas conyugales, son el orgullo de los propios y el cebo de los ajenos. ¡Oh cuantas ambiciones se ven satisfechas, cuantas esperanzas quedan colmadas en este día!

No hay que ponderar la inmensidad del concurso que inunda los templos durante los oficios de la mañana, ni la esplendidez que la católica España sabe desplegar en tamaña festividad. Es preciso verla celebrar en la magnífica catedral de Barcelona, para formarse de ella una idea aproximada: nubes de incienso confundidas con los torrentes de luz que se derraman del afiligranado altar, y los cambiantes del iris que desciende de los calados ventanales, forman como una aureola espléndida, en la cual se envuelve el Dios sacramentado, a cuyos piés dóblanse sumisas todas las cabezas, mientras el obispo, de pontifical, ofrece el sublime sacrificio del Cordero sin mancilla. Flores y colgaduras engalanan el santuario; músicas y cantares hinchen de armonía las tres naves del templo; un rendido acatamiento domina a la multitud, y en aquellos instantes el corazón mas frío late y siéntese arrebatado por la sublimidad del acto.

Oyese en tanto por defuera, la zambra de párvulos y adultos, jubilosos admiradores del *huevo que baila*, chuscada de los monaguillos, que consiste en un huevo vacío sostenido en la punta del surtidor que hay en los claustros, dando vueltas sin desprenderse por efecto de la fuerza misma del chorro y cohesión natural del agua, danzando entre festones de flores y verdura, guirnalda de cerezas y globos de vi-

drio llenos de pintados pececillos. Llegla tarde, y con ella, nuevo y extraordinario movimiento. Mientras se van poniendo en las calles asientos y tabladlos para el público espectador, salen de los cuarteles las tropas vestidas de gala, al son de sus músicas, y como si esos ecos marciales tuvieran un poder eléctrico, de todas partes vense acudir hácia el comun centro, gentes á bandadas, de diversas clases y condiciones, chicos y grandes, ricos y pobres, nobles y plebeyos; porque el espectáculo que se prepara, democrático de suyo, asi admite al rústico labriego, como al almibarado dandy; á la gran dama como á la fregona; á la fresca rosa, como al aparato de postizos. Pronto veremos á esa muchedumbre de cien mil almas, hacinarse en el breve recinto de algunas calles, unos, con el heroismo del mártir, aguardando sentados en un mal poste dos ó tres horas; otros, mas felices, encaramándose á elevadas regiones, donde aprovecharán el tiempo desafinando pianos ó sorbiendo el clásico chocolate, y el sorbete delicado; otros en fin, permanecerán en la calle con el exclusivo objeto de atropellar á los concurrentes y divertirse obsequiando groseramente a las muchachas.

Pero ya un sordo rumor anuncia el tér-

mino de la expectativa. La voz de *firμες!* de los gefes, el redoble de los tambores, el cañón de Atarazanas saludando a la custodia que sale de la iglesia, llaman á todos á ocupar sus posiciones; cuélganse damascos en todas las aberturas y por cima de un grupo de serenos y batidores á caballo, despejando la carrera, aparecen finalmente los deseados gigantes. Consecutivamente, al acompasado son de dos timbaleros, que sobre mansos potros y batiendo sus cajas, reciben con forzada resignacion un fuego graneado de retama conque los chiquillos suponen obsequiarles, van desfilando lentamente los pendones y cruces de las parroquias, la clerecía, las corporaciones, los convidados, ministros, acompañantes y demás que forman la procesion de este dia, severa y adecuada al solemnísimo acto que se celebra. Durante el tránsito, todas las calvas se descubren, todos los labios enmudecen, y esa inmensa poblacion, dando cada vez mas sorprendente prueba de morigeracion y piedad, sabe mantener los fue-ros de sus mayores, y acreditar que el *verdadero* pueblo de Barcelona conserva vivos aquellos altos principios que le hicieron famoso durante siete ó más centurias entre las naciones de la Europa civilizada.

JOSÉ PUIGGARI

Barcelona junio de 1857.

